

11
BIBLIOTECA INFANTIL
SEVILLANA



SAMUEL EL HEBREO

ANT-XIX-1841/11

R. 43.693

1

p

608/
5

SAMUEL EL HEBREO

Cuento para Niños

SAMUEL EL HEBREO

SAMUEL EL HEBREO

16 cms.
BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA



SAMUEL EL HEBREO

— — — — —
Cuento para Niños

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)

PARTE 2.ª DE

LA TOMA DE ZAHARA



SEVILLA

—
Tipografía de *La Industria*, Serpes, 19.

1896

SAMUEL EL HEBREO

Cuento para Niños

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA MUNICIPAL DE GRANADA

Es propiedad de su autor
D. Rafael Zambrano y Rubio.
Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



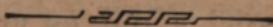
DE VENTA

Imprenta de la Biblioteca Municipal de Granada

1912



SAMUEL EL HEBREO



En el seno de la Tierra se encuentran concavidades de diferente extensión, que reciben el nombre de grutas ó cavernas: deben unas su formación al movimiento de las aguas de los mares que han ido batiendo y horadando ciertos terrenos; y otras, á las modificaciones que los volcanes y los terremotos han hecho experimentar á la corteza sólida de nuestro planeta.

Muchas de estas grutas sirvieron de protector asilo á los cristianos, que eran perseguidos y condenados á muerte en aquellos nefastos tiempos del gentilismo.

Una de dichas grutas existía y existe aún muy cerca de Zahara, y en ella pudo salvarse doña Leonor con sus hijos.

El silencio que allí reinaba, fué interrumpido por las siguientes palabras:

—Cesen ya vuestros temores, señora; tranquilizáos; es muy difícil que descubran nuestro paradero.

La profunda obscuridad de la gruta no permitía ver al que se expresaba de aquel modo.

—¿Quién sois? ¿Cuál es vuestro nombre? Decídmelo, para grabarlo bien en mi memoria, para no olvidarlo nunca, puesto que os debo mi salvación.

—Me conocéis muy bien: miradme;—y á la débil luz de una linterna que llevaba oculta nuestro interlocutor, pudo observarse que era éste un viejo de larga y espesa barba, de rostro moreno y enjuto, de grandes ojos negros que revelaban su origen hebreo; su vestido era de la forma usada por los de su raza.

—¡Ah, si es Samuel!—Pero aquella exclamación no demostraba satisfacción ni alegría; el semblante de doña Leonor palideció al reconocer al hebreo.—¿Cómo te encuentras aquí?

—P'or la misma razón que vos, señora;

yo calculaba que en estos tiempos de continua guerra, no sería difícil que los moros asaltasen la villa de Zahara, donde tantos años he vivido, y se posesionaran de ella; el temor de que esto sucediese y de que se llevaran mis riquezas, consistentes en dinero y alhajas, no me dejaba vivir; así, con el mayor sigilo, mandé practicar un conducto subterráneo, por donde pudiese escaparme en caso de peligro.

Apenas entraron los moros en la villa, salí huyendo y, como conozco bien todos los senderos y trochas de estos alrededores, en poco tiempo llegué á este sitio y en ocasión de haceros un bien que no tenéis que agradecerme.

—¿Por qué?
—Porque recién llegado á Zahara, ya de esto hace muchos años, me hice sospechoso al pueblo que me considero como un espía de los moros, y quisieron arrastrarme por las calles; y gracias á vuestro padre, que era entonces Gobernador de la villa, pudo contenerse la furia popular, librándome de una muerte segura. Nada, pues, tenéis que agradecerme; ahora, lo que conviene es, salir de

aquí lo más pronto posible, porque esta atmósfera nos es muy nociva, y trasladarnos á una de las poblaciones más inmediatas, donde estemos más tranquilos y seguros y, desde ella, averiguar qué ha sido de vuestro esposo.

—Sí, Samuel; por cuantos medios sean imaginables, «cueste lo que cueste».

—Se hará cuanto deseais; pero, tranquilizáos, señora.

Samuel continuó exponiéndole sus proyectos relativos á la huída, las esperanzas que abrigaba para lo sucesivo, y la seguridad que tenía de que los moros vencedores de Zahara habrían respetado la vida de su marido para obtener un buen rescate.

Doña Leonor apenas escuchaba cuanto le decía, ensimismada en las múltiples dudas, y en los temores, presentimientos y aún esperanzas que asaltaban su mente.

—No le inspiraba confianza Samuel, á pesar de sus palabras de consuelo y de protección; conocía algunos sucesos de su vida: se trataba de un viejo avaro que por el deseo de acumular más y más riquezas, había realizado actos indignos y reprobados.

La niña reposaba tranquilamente en los brazos de su madre; el niño, menos desconfiado que doña Leonor, contemplaba absorto el fantástico y grandioso aspecto que aquel lugar le ofrecía.

Más que gruta, simulaba aquel sitio una especie de iglesia con sus naves y bóvedas, sostenidas éstas por blancas columnas delgadas por en medio y ensanchadas progresivamente por su parte superior é inferior; debiendo su formación al *carbonato de cal*.

El techo y el piso de la cueva hallábanse adornados de multitud de petrificaciones, también calizas, en forma de conos que, agrandándose progresivamente, llegaban á formar, por su unión, las columnas de que hemos hablado.

Los conos superiores son llamados *estalagmitas* y los inferiores *estalagmitas*.

Las emociones y los sufrimientos de nuestros protagonistas, su penosa y fatigada marcha hasta llegar á aquel recinto, todo ello había contribuído al gran cansancio que les molestaba; así es que, transcurrido algun tiempo, vinieron á encontrar en el sueño,



Más que gruta, simulaba...

eficaz y benéfico reparador de sus quebrantadas fuerzas.

La tormenta había vuelto á desencadenarse; los relámpagos y truenos se sucedían con breves intervalos.

Todos dormían: solo Samuel velaba; solo Samuel, dominado, como siempre, por su insaciable avaricia.

Multitud de criminales pensamientos cruzaban por la imaginación de aquel viejo, que tenía entre sus manos la vida de doña Leonor y de sus hijos.

Ella debe tener mucho dinero en el cofrecillo que está á sus piés,—murmuraba Samuel;—porque me dijo que salvará á su esposo, costase lo que costase: puedo robarla y huir; están muy dormidos y cuando despierten, estaré bien lejos de aquí. Manos á la obra: pero... ¿y si despierta y me sorprende robándola? Entonces, no hay más remedio que matar; de lo contrario, mañana ó el otro peligraría mi cabeza.

Samuel avanzó sigilosamente, armada su diestra de un puñal, y ya muy cerca de su víctima, se inclinó para coger el cofre: un pequeño movimiento de la niña hizo desper-



Asió por el cuello á doña Leonor...

tar á su madre, quien al ver a Samuel en aquella actitud amenazadora, gritó:

—¡Por Dios, Samuel, no me mates! ¡ten lástima de mí! ¿Qué va á ser de mis hijos, huérfanos ya de padre?

Samuel, ciego de cólera, al verse sorprendido, asió por el cuello á doña Leonor para asegurar bien el golpe, y blandió el puñal para sepultarlo en el pecho de la desgraciada señora.

Pero, en el mismo instante cayó Samuel desplomado al suelo: una luz vivísima, deslumbradora, iluminó aquel recinto, y á los pocos segundos, un trueno formidable hacía vibrar la gruta entera.

Cuando se le acercaron para ver si aún podían salvarle, vieron que era inútil: Samuel estaba muerto: un rayo le había privado de la vida.

*
* *

Al año de los sucesos narrados, ó sea en 1482, fué ganada Zahara por segunda vez, por D. Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz.



Samuel estaba muerto:

Grandes festejos se celebraron en la villa por tan feliz acontecimiento. La mayor alegría reinaba entre los vecinos, en cuyo número hallábanse doña Leonor del Castillo con sus hijos, su esposo D. Rodrigo y el leal servidor de éste, Ruiz Pérez; los dos últimos habían logrado su salvación, merced al fuerte rescate que entregaron.



